

Administración

"Como cada uno ha recibido un regalo, utilícelo para servir a los demás como buenos administradores de la variada gracia de Dios".

I Pedro 4:10

I: El significado de la Administración en la vida cristiana.

II: La Espiritualidad de la Administración en profundidad.

III: Razones para involucrarse en la administración

1. Es Bíblica
2. Es Fructífera
3. Es Realista
4. Es Comprensiva
5. Aborda el Dilema del Compromiso
6. Es Continua
7. Es Proactiva

IV: El Camino a Seguir



Archdiocese
of Toronto



I: El significado de la administración en la vida cristiana.

Un mayordomo/administrador es un servidor a quien se le han confiado por un tiempo los bienes del Maestro. El mayordomo/ administrador usa estos bienes, pero no son suyos, y finalmente, debe rendir cuentas al Maestro por la forma en que ha cuidado los bienes y los ha hecho fructificar.

Cada uno de nosotros pasa un breve tiempo en esta vida preparándose para la vida eterna con Dios. Mientras estamos aquí, recibimos todo de Dios, incluso la vida misma y se nos pide que aprovechemos lo que Dios nos ha confiado. Dios nos invita a ser buenos administradores de sus dones. No es de extrañar, pues, que la idea de administrar desempeñe un papel tan central en la vida de fe.

La Biblia se refiere con frecuencia al espíritu del administrador, ya sea que se use o no el término real. De hecho, las ideas de siervo, discípulo y apóstol, tan centrales en las Escrituras, incluyen la idea de la administración. Somos siervos del Señor, y seremos llamados a rendir cuentas cuando Él regrese. El discípulo debe ser fiel a las enseñanzas recibidas del Maestro. Los apóstoles son enviados de Jesús y deben representarlo fielmente como administradores de su misión y mensaje.

La Biblia nos enseña que la responsabilidad es inseparable de la administración. En última instancia, seremos responsables por la forma en que usemos lo que Dios nos da. En Lucas 12: 41-48, Nuestro Señor nos recuerda que somos como mayordomos/administradores que están a cargo de la casa mientras el Maestro está fuera. “¿Quién, entonces, es el administrador sabio y confiable a quien el maestro pondrá al frente de su casa para darles su asignación de alimentos en el momento adecuado? Dichoso aquel siervo a quien su señor, al llegar, lo encuentra haciendo justo eso.” Pero si el sirviente abusa de la confianza de su amo y dice: “Mi amo tarda en venir” y se pone a golpear a los criados y a las criadas, a comer y beber y a emborracharse, su señor vendrá un día que no espera y a la hora que no sabe ”.

La perspectiva del regreso del Maestro debe llenar de alegría a los cristianos: esperamos con gozosa esperanza la venida de nuestro Salvador Jesucristo. En los tiempos del Nuevo Testamento y durante los primeros siglos del cristianismo, los discípulos de Jesús esperaban ansiosos Su regreso. Más aún, nuestra liturgia está llena de referencias a la venida del Señor, aunque nosotros escuchamos eso tan a menudo que no lo tomamos en serio. Pero Jesús vendrá al final de los tiempos, cuando sea que eso suceda, y cada uno de nosotros se presentará ante el Señor al final de nuestras vidas para dar cuenta de nuestra administración. Eso puede suceder en cualquier momento y necesitamos estar preparados. Solo el uso correcto del tiempo, de los talentos y del tesoro que nos han sido confiados, nos permitirá con serenidad y alegría, esperar la venida del Señor. Una y otra vez en los Evangelios escuchamos la inminente venida del Maestro.

En la parábola más famosa sobre administración, Mateo 25: 14-30 (ver también Lucas 19: 11-27), a tres sirvientes se les confía grandes sumas de dinero, y luego cuando regresa, el maestro los examina sobre cómo usaron el dinero que habían recibido. La antigua suma de dinero utilizada en la parábola, el "talento", se ha convertido ahora para nosotros en el término para cualquier habilidad humana o "don" que tenemos la responsabilidad de desarrollar, al igual que los sirvientes que son alabados en la parábola. Un mayordomo/administrador fiel, ahora como entonces, necesita hacer buen uso de sus talentos.

La administración exige creatividad y audacia. Cada uno de nosotros tiene un potencial enorme; pero, pocas cosas son más tristes que escuchar al final de la vida de una persona: "esa persona tenía un gran potencial." Como buenos administradores, estamos llamados a usar el don de Dios de manera fructífera y creativa, para que, con verdadera gratitud por lo que hemos recibido, podamos devolverle Sus dones con un aumento. Si verdaderamente tenemos el espíritu del administrador cristiano, no dejaremos que los dones de Dios se desperdicien y no nos apegaremos egoístamente a ellos, sino que los usaremos generosamente para servir a los demás y, al hacerlo, daremos gloria a Dios. Ese es el objetivo de la administración cristiana.

Es significativo que inmediatamente después de la parábola de los talentos, escuchemos del juicio final (Mateo 25: 31-46), cuando las personas sean separadas, como ovejas o como cabras, sobre la base de cómo actuaron en esta vida. Podemos usar nuestro tiempo en esta vida para ser egoístas o para ser generosos con los demás. Los bienaventurados usaron su tiempo aquí para atender a los necesitados. Esa es la verdadera administración, y estamos llamados a hacer lo mismo.

En un momento dado (Marcos 10: 17-22), Jesús se encuentra con un hombre rico, que busca descubrir lo que debe hacer para heredar la vida eterna. Jesús le dice que siga los mandamientos y luego le dice: "Ve, vende lo que tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme!" Esta es una buena administración: no aferrarse a los bienes materiales, sino compartirlos generosamente con los necesitados. Pero, el hombre se fue triste porque tenía grandes posesiones. El estaba poseído por sus posesiones, como cada uno de nosotros puede estar. Qué lástima!

Jesús habla de un rico necio, cautivado por sus posesiones, que construye graneros más grandes para almacenar su grano (Lucas 12: 13-21) y dice a su alma: "Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe y sé feliz." Pero Dios le dijo: "¡Tonto! Esta noche te reclamarán tu alma; y las cosas que has preparado, ¿de quién serán? "Así es el que guarda tesoros para sí mismo y no es rico para dárselo a Dios."

Para nosotros, como para el rico necio de la parábola, el pensamiento de la muerte es espiritualmente fructífero, ya que nos obliga a considerar nuestras prioridades. ¿Cuál es el punto de usar toda mi energía en reunir tesoros, o gastar mi tiempo y mi talento en cosas que en última instancia son inútiles? Se dice sabiamente que, en el momento de la muerte, nadie desea haber pasado más tiempo en la oficina. Necesitamos pensar en el momento de la muerte, pero

no esperar hasta entonces para darnos cuenta de lo que es importante en la vida y de cómo podemos ser sabios administradores de lo que hemos recibido para este viaje terrenal. Como ejemplo de las prioridades equivocadas, Jesús habla del hombre rico y el mendigo Lázaro (Lucas 16: 19-31). Demasiado tarde se dio cuenta el hombre rico de cómo debería haber pasado su tiempo en la tierra. Es mejor ser como Zaqueo (Lucas 19: 1-10) que se arrepintió de su codicia. El secreto de la vida está en reconocer nuestro estado de dependencia de la providencia de Dios. En última instancia, nosotros no poseemos ni controlamos el tiempo, los talentos o el tesoro con que hemos sido bendecidos por Dios durante nuestra corta estadía en esta tierra. Todo es un regalo. La vida misma es un regalo.

Es especialmente importante darnos cuenta de esto, cuando las personas piensan tontamente que son maestros y no administradores de sus propias vidas; incluso hasta el punto de pensar que tienen derecho a decidir cuándo morirán. Esa autonomía tóxica es una ilusión. Somos administradores, no maestros de nuestra vida; no tenemos derecho a quitar la vida a nadie, incluida la nuestra.

Incluso en los primeros capítulos de la Biblia encontramos el tema de la administración. Al hombre y a la mujer se les confía el Jardín de Dios. Ellos pueden disfrutarlo y se les da responsabilidad por ello. Ellos no son dueños. Lamentablemente, ellos quieren controlar todo en el Jardín y se olvidan de que son simplemente administradores de la creación de Dios y, por eso son desterrados. Fueron engañados por la ilusión de autosuficiencia. Nosotros también podemos ser engañados fácilmente.

Es interesante que a menudo nos llamen "consumidores". Qué pena ser identificados como personas que simplemente consumen los bienes de la tierra. Inevitablemente, si ese consumo se convierte en la señal de una vida codiciosa, entonces nosotros mismos seremos consumidos y poseídos por los bienes que consumimos. Es mucho mejor ver todas estas cosas en una perspectiva adecuada. El tiempo, los talentos y el tesoro que disfrutamos brevemente son regalos para ser aceptados con gratitud y usados generosamente. Si así lo hacemos, entonces esa postura de desapego nos permite ser verdaderamente libres.

Cuando hacemos un esfuerzo consciente para desarrollar más plenamente el espíritu de administración cristiana en nuestra comunidad de fe, cada uno de nosotros es invitado a examinar cómo usamos los abundantes regalos que hemos recibido. ¿Los enterramos y nos aferramos a ellos como si fueran nuestros; o agradecemos a Dios por ellos y los compartimos generosamente?

II: La espiritualidad de la administración en profundidad

El término "administrador" a menudo se toma como una palabra clave para "diezmar" o para "recaudar fondos con fines religiosos". Ciertamente, si tenemos un apropiado espíritu de gratitud por todo lo que hemos recibido de Dios y estamos resueltos a actuar como administradores responsables de los dones de Dios (y ese es, de hecho, el significado real de la administración cristiana), entonces estaremos dispuestos a contribuir financieramente como miembros de nuestra comunidad eclesial y esto podría implicar diezmar o participar en la recaudación de fondos.

Incluso cuando la Iglesia era joven, a San Pablo le preocupaba mucho la organización de una colecta (véase 1 Corintios 16: 1-4; II Corintios 8-9; Gálatas 2:10; Romanos 15: 25-28). No vivimos en un mundo de sueños, por lo que el trabajo de la Iglesia debe ser financiado de manera efectiva. Nosotros tenemos que pagar facturas y atender las necesidades prácticas de los pobres. Sin embargo, eso es solamente un aspecto de la administración, y se dará fácilmente si se enfatizan los aspectos más profundos (la administración del tiempo y del talento).

A medida que buscamos entrar en la experiencia de la administración, es esencial que evitemos ser confundidos por el énfasis en el aspecto más obvio pero superficial, el compartir los bienes materiales. Si empezamos con eso, con la recaudación de fondos para fines apostólicos, no iremos más lejos y la administración se convertirá en un programa más. No, nosotros sólo podemos estar satisfechos con una administración en profundidad, que quiere decir, una profunda conversión interna como individuos y como comunidad en la que nos comprometamos a vivir generosamente en todos los aspectos, como el Evangelio nos pide que hagamos.

La administración en profundidad comienza con la gratitud y termina con la rendición de cuentas. La administración cristiana a veces se llama "actitud de gratitud". Reconocemos con gratitud que todo en la vida es un don de Dios. En última instancia, no poseemos nada, pero se nos confía tiempo, talento y tesoro para usarlos durante nuestro breve paso por esta vida. Y al final de la vida, no nos llevamos nada con nosotros, excepto la vida que surge del amor generoso. Si cada uno de nosotros está profundamente consciente de que todo es un don, entonces nos liberamos de la posesividad, y podemos ser buenos administradores de lo que nos ha sido confiado en la vida, compartiendo generosamente; y al final de la vida, todo vuelve al Señor con un aumento. Al igual que los sirvientes de la parábola, nosotros seremos llamados a explicar la forma cómo hemos utilizado lo que se nos ha confiado.

La administración profunda significa tener nuestras prioridades en orden. Como discípulos de Jesús debemos tener claro lo que realmente importa. San Ignacio de Loyola, desde un principio, invita sabiamente a aquellos que realizan sus "Ejercicios espirituales," a

preguntarse quién es su Maestro. Eso determina todo. Toda tradición espiritual en el cristianismo insiste en que hagamos esto.

En las órdenes religiosas, las hermanas, los hermanos y los sacerdotes prometen seguir los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia. La mayoría de los discípulos no se compromete de una manera tan formal a vivir estos consejos, y sin embargo, nos hablan a todos, enfatizando que no somos dueños de nuestras propias vidas, sino que debemos usar lo que tenemos para el servicio a los demás. Los tres consejos se reducen básicamente a la pobreza: confiar en el Señor, estar a disposición de los demás y no reclamar nuestro propio dominio de la situación. Sólo somos administradores y no tenemos el control. Esa conciencia es liberadora.

Hay dos formas seguras para descubrir lo que es realmente importante en mi vida: descubrir quién es mi Maestro.

Lo primero es ver cómo gasto mi dinero; cómo soy administrador de mis posesiones materiales. Yo gasto mi dinero en lo que yo considero importante. Mira el estado financiero de cualquier organización, familia o individuo para averiguar qué consideran importante.

Una segunda manera, mucho más reveladora para descubrir mis prioridades, es examinar cómo ocupo mi tiempo. Nuestras vidas están entretejidas con el tiempo y mi administración del escaso recurso del tiempo realmente revela lo que considero verdaderamente importante. Cada día tiene 24 horas, y el tiempo pasado nunca volverá. Debo elegir constantemente cómo ocupar mi tiempo porque una vez que este momento pase, ya no es mi tiempo.

Un tema espiritual profundo relacionado con la administración del tiempo es el "Sacramento del momento presente": mi vida la encuentro en cada momento que pasa y simplemente debo ese momento a Dios en obediencia a su voluntad. "Venga tu reino; hágase tu voluntad." Si así lo hago, nunca lamentaré el pasado, ni temeré el futuro. Tal es la administración del tiempo.

Tiempo, talento y tesoro: estos son los regalos que cada uno de nosotros hemos recibido libremente y que debemos usar de manera responsable con un espíritu de gratitud. Si así lo hacemos día tras día hasta el día en que se nos pida rendir cuentas, experimentaremos la alegre serenidad del involucramiento profundo.

En los últimos 50 años, se ha desarrollado toda una espiritualidad y teología de la administración en las parroquias y las diócesis de los Estados Unidos y Canadá, y eso ha llevado a una profunda transformación de la vida de discipulado en ellos. En 1992, los obispos estadounidenses emitieron una carta pastoral que resume los elementos claves de la visión de la administración que se encuentra en las Escrituras y en la fe viva de la Iglesia: "La administración: una Respuesta de Discípulo". Esta carta ha sido de un valor incalculable al brindar un enfoque de reflexión y discusión a aquellos involucrados en profundizar el sentido de

la administración. Define a un mayordomo cristiano como: "Aquel que recibe los regalos de Dios con gratitud, los atesora, los cuida y responde por ellos de manera responsable, los comparte en justicia y amor con todos, y los devuelve al Señor aumentados". A medida que las comunidades empiecen más conscientemente a adoptar el modelo de administración, les recomiendo que estudien y analicen esta carta. La administración cristiana es una forma de vida, o como lo dicen los obispos estadounidenses en su carta, es la respuesta de un discípulo a los dones de Dios.

El Consejo Internacional de Administración Católica ayuda a las diócesis a poner en práctica los principios de la administración. Proporciona experiencia y asesoramiento, y numerosas publicaciones y programas que pueden ayudar a las comunidades que están entrando en la administración. Quienes participaron en las convenciones anuales del Consejo Internacional de Administración Católica quedaron impresionados por la profunda comprensión del involucramiento que han observado en los testimonios de los individuos y las comunidades que han sido transformadas por la administración en profundidad.

Es esa profunda transformación espiritual que queremos fomentar en todas nuestras parroquias y en toda la comunidad de nuestra diócesis. Es por eso que estamos tratando de abordar la mayordomía de manera deliberada y completa, aprendiendo de la experiencia de los demás y adaptando sus conocimientos a nuestra situación, teniendo cuidado de enfatizar el compromiso total de los miembros de la comunidad en toda la vida del discipulado. Eso es vital, porque estaremos atrapados en un callejón sin salida, si nos distraemos con una visión superficial de administración, como sería si nos centráramos en el dinero. No debemos estar satisfechos con nada menos que una administración en profundidad, en la que cada uno de nosotros decide hacer un uso generoso del tiempo, talento y tesoro que Dios nos ha confiado.

La administración en profundidad significa la conversión individual y comunitaria, e implica el discipulado con un espíritu de generosidad y compromiso total, como se nos ha encomendado hacer a través de nuestro Bautismo y Confirmación. La vida es demasiado corta para que la desperdiciemos como discípulos medianamente entusiastas. La actitud de compromiso alegre como es la administración, para el individuo, debe reflejarse también en la forma en que funcionamos como comunidad.

III: Razones para involucrarse en la Administración

He aquí algunas razones por las que creo que un esfuerzo sistemático para desarrollar y profundizar el espíritu de administración compartida será valioso para nuestra diócesis.

1. La administración es claramente un tema central en la Biblia y en nuestra fe cristiana viva. Ya he señalado sus fundamentos bíblicos.

2. La administración es innegablemente fructífera. Donde con el tiempo, cada vez más feligreses se comprometen a dedicar su tiempo, su talento y su riqueza a la obra del Evangelio, la Iglesia florece. Las parroquias con corresponsabilidad reportan un aumento en el compromiso de los voluntarios, un mayor fervor en la vida de oración de la comunidad, un acercamiento más efectivo a los necesitados, un aumento de las vocaciones religiosas y sacerdotales, etc. Necesitamos humildemente aprender de los demás, especialmente cuando se trata de lo que ha demostrado ser apostólicamente eficaz.

3. La administración es realista. En un video que presenta ejemplos de parroquias de administración excelente, el pastor de una parroquia dice que han estado trabajando en la administración durante treinta años. Eso tiene sentido. Lo que es importante en la vida, requiere tiempo y un crecimiento constante del compromiso en la comunidad. Las cosas más importantes en la vida no son como las máquinas que construimos, sino como las plantas que crecen con el tiempo.

4) La administración cristiana no es un programa nuevo, sino que es continua y permanente. La administración cristiana es una forma de vida, no un programa. Regularmente experimentamos programas espirituales y movimientos que vienen, florecen, disminuyen y desaparecen, sólo para ser reemplazados por otros. Estos programas y movimientos hacen un gran bien y siempre los tendremos, pero existe una inestabilidad al pasar de un programa a otro que es problemática, una especie de patrón de auge y caída. La administración está tan profundamente arraigada en los temas fundamentales del Evangelio que implica una reorientación permanente y continua de nuestro enfoque del discipulado, y por eso, proporciona una base estable para la vida de fe en nuestras comunidades. La administración cristiana exige nada menos que la conversión individual y comunitaria, arraigada en la fe y fructífera en la acción.

5) La administración aborda el dilema del compromiso.

La administración conduce a un reparto más justo de las responsabilidades de los miembros de la parroquia. A veces, algunos feligreses comparten una parte desproporcionada en el trabajo de la parroquia. Ellos pueden sobrecargarse de trabajo y luego, desanimarse, y simplemente abandonar toda participación. O también, el liderazgo de una parroquia puede concentrarse en unas pocas personas dedicadas, y los otros pueden sentirse excluidos. Ninguna de estas situaciones es saludable. Muchas manos hacen que el trabajo sea liviano y a medida que

más feligreses se comprometen, cada uno puede experimentar la alegría de dar, sin sentir el peligro de quemarse. No queremos tener comunidades en las que unos pocos feligreses están activos y la mayoría son pasivos, el equivalente religioso de los flojos. Un efecto clave de la administración es involucrar más activamente a todos los feligreses en compartir su tiempo, talento y tesoro en un servicio generoso, de modo que la riqueza de la comunidad parroquial se pueda experimentar, y su energía se enfoque hacia afuera para hacer a Cristo más presente en nuestro mundo.

6) La administración cristiana es integral y mejora la actividad ya existente

Ya que la administración cristiana se establece en los fundamentos mismos del discipulado, armoniza con todos nuestros otros esfuerzos y organizaciones apostólicas. No los duplica, reemplaza, ni interfiere con ellos; sino que, los mejora. Es algo así como la imagen de santidad que se encuentra en San Francisco de Sales, quien dice que cuando los diamantes, los rubíes y las esmeraldas se ponen en miel, no solo permanecen lo que son, sino que simplemente brillan más. Su punto es que, nuestras propias personalidades no se borran cuando vivimos con espíritu de caridad, que es la santidad. Simplemente nos convertimos en nuestro verdadero ser, más radiante. Lo mismo pasa con nuestras diversas iniciativas y grupos apostólicos cuando todos entramos más plenamente en el espíritu del administrador: cada grupo es lo que es, pero brilla más radiante si todos son realzados por un profundo espíritu de gratitud por los dones de Dios, con el consiguiente florecimiento de un espíritu de generosidad en el uso del tiempo, el talento y el tesoro.

Nuestra arquidiócesis es bendecida abundantemente con organizaciones y movimientos apostólicos y creo que cada uno se beneficiará, a medida que toda nuestra comunidad de fe se mueva con mayor intención hacia una actitud de administradores. Si es que, como arquidiócesis y como parroquia todos buscamos ser custodios más fieles de los dones de Dios, entonces cada persona puede convertirse en un miembro más comprometido y efectivo sea en la Liga de Mujeres Católicas, sea en los Caballeros de Colón u otra organización apostólica. Del mismo modo, la profundización de la "actitud de gratitud" realzará nuestro compromiso con la oración y la adoración eucarística (tan esencial para que nuestra acción apostólica sea fructífera), con el florecimiento del compromiso laico en la misión de evangelización, con un aumento en la respuesta al llamado al sacerdocio y a la vida religiosa y con una dedicación valiente y efectiva a la justicia social, etc.

Una orientación consciente, comprometida e intencionada hacia la administración ayudará a florecer a todas nuestras organizaciones e iniciativas apostólicas y hará que se creen otras nuevas para la gloria de Dios y para el servicio de Su pueblo.

Pido a cada grupo o movimiento apostólico dentro de la arquidiócesis que reflexionen en oración sobre los temas de la administración y que participen activamente en su desarrollo dentro de nuestra comunidad.

7) La Administración es Proactiva

A menudo nos fijamos demasiado en los problemas que enfrentamos y luego nos sentimos paralizados por la inmensidad de la tarea que enfrentamos como discípulos. Jesús nos dice, como le dijo a Pedro: " Lanza tus redes en aguas profundas y bájalas para atraparlos". (Lucas 5: 5) No confiados en nuestra propia fuerza sino en la providencia de Dios, debemos concentrarnos en construir el reino de Dios, como lo hicieron los apóstoles y los grandes santos de la Iglesia; y luego, los problemas que enfrentamos se resolverán a su debido tiempo. No podemos entrar en un estado mental en el que simplemente estamos reaccionando. Si nos fijamos en los Hechos de los Apóstoles, vemos cómo la comunidad cristiana primitiva, con todas sus debilidades evidentes, se extendió con confianza hacia el Imperio pagano. En la administración, nos concentramos en desarrollar un profundo sentido de gratitud por los dones de Dios y en invitar a todos los discípulos a participar en la misión del Evangelio recibida en el Bautismo. Ese enfoque positivo y energizante es el único camino a seguir.

Qué beneficioso sería para toda nuestra sociedad si se activara cada vez más la energía generosa de todos los miembros de nuestra arquidiócesis, para llevar la vida del Evangelio a un mundo tan desesperadamente necesitado. El involucramiento es un esfuerzo consciente y cuidadoso para activar esa energía y enfocarla efectivamente en el servicio a Dios y al prójimo.

IV: El camino a seguir

El espíritu de administración cristiana ya está presente en nuestras parroquias. Mientras viajo en mi misión como obispo, me impresiona la generosidad con la que nuestros sacerdotes, religiosos y feligreses dedican su tiempo, talento y tesoro al servicio de Dios y del prójimo. No necesitamos importar el espíritu de administración de ningún otro lugar, como si faltara entre nosotros. De ningún modo. Después de todo, sería extraño que algo tan central en el Evangelio estuviera ausente de nuestra comunidad. Pero podemos buscar fomentarla más intencional y sistemáticamente en cada una de nuestras parroquias, para que todos vivamos plenamente como administradores generosos de los muchos dones de Dios. Hay formas comprobadas de hacer esto y podemos beneficiarnos de ellas.

La administración es una dimensión esencial de la visión que subyace en nuestro plan pastoral. Estamos llamados por el Señor a la responsabilidad pastoral de cuidar a los que están con nosotros, a aquellos que ya están comprometidos en la vida de fe; y somos enviados por el Señor a la misión apostólica de llegar a los dispersos: a aquellos que se han alejado de la Iglesia o que no han oído el Evangelio. La forma creativa como administremos nuestro tiempo, talento y tesoro permitirá a los que están junto a nosotros formar una comunidad de cristianos y participar más fructíferamente en la vida del Evangelio; más inclinados a llegar de manera efectiva a los dispersos y a ofrecerles un atractivo ejemplo de una comunidad cristiana vibrante.

El primer pilar del plan pastoral es el desarrollo de parroquias vibrantes, y eso es precisamente de lo que trata la administración. El segundo pilar son las vocaciones de todo tipo: estamos llamados a determinar, con la ayuda de Dios, cómo El quiere que seamos buenos administradores de los dones que nos ha dado, en la vocación a la que nos ha llamado. Una vez que hayamos descubierto el camino que Dios quiere que sigamos en nuestra vida cristiana de discipulado, el espíritu de la administración cristiana nos ayudará a ser más fructíferos en nuestra vocación. El tercer pilar es el cuidado de los necesitados, cuando nos acercamos a ellos con amor y justicia. Lo hacemos compartiendo nuestros dones con ellos, como buenos administradores de nuestro tiempo, talento y tesoro. El cuarto pilar es la misión de evangelizar la cultura. Si una vida de discipulado formada con un compromiso con la administración nos lleva a usar nuestros dones de manera fructífera, nuestras parroquias vibrantes, nuestros cristianos dedicados que siguen su vocaciones particular y nuestro cuidado por los necesitados tendrán un impacto en nuestra sociedad secular, ayudándonos a evangelizar la cultura secular.

Ya que nuestra arquidiócesis se prepara para participar más plenamente en el espíritu de la administración cristiana, se ha formado una Comisión de Administración de la Arquidiócesis para trabajar con nuestro Director Asociado de Vitalidad Parroquial y Administración, en la Oficina de Formación para el Discipulado. Su misión es implementar el desarrollo de la administración cristiana dentro de nuestras parroquias y dentro de toda nuestra arquidiócesis. Una de nuestras asambleas anuales de sacerdotes está dedicada a la administración, así como

también uno de los retiros de nuestros sacerdotes. El liderazgo de los sacerdotes es esencial si ha de florecer la administración.

Dado que necesitamos aprender del mundo en general, enviaremos una fuerte delegación a las reuniones nacionales e internacionales sobre administración. A medida que avanzamos, intentaremos profundizar de manera continua nuestra comprensión de los principios básicos de la administración y las formas en que se la puede introducir con éxito en las comunidades parroquiales, aprovechando lo que aprendemos de la experiencia de otros. Luego podemos diseñar un enfoque de la administración que se adapte a nuestra situación particular, teniendo en cuenta la importancia de construir sobre una base sólida de comprensión y reflexión. Para usar otra imagen, es aconsejable seguir la máxima del carpintero: medir dos veces y cortar una vez.

A medida que las parroquias participan más plenamente en la administración, es importante que el Pastor y el Consejo Pastoral Parroquial mejoren su comprensión de la administración, enviando representantes a las diversas asambleas de administración, trabajando con la Oficina de Formación para el Discipulado y estudiando, en oración, fuentes tales como el documento de los obispos estadounidenses y el material del International Catholic Stewardship Council (Consejo Mundial de Administración Católica). Entonces podrán aplicar estos conocimientos de manera más efectiva a la situación particular de cada parroquia. Deben establecer un Comité de Administración parroquial que pueda trabajar para fomentar la administración en profundidad dentro de la parroquia. Tome en cuenta que, este comité reporta al Pastor y al Consejo Pastoral Parroquial, no al Comité Parroquial de Finanzas, ya que la administración en profundidad implica mucho más que cuestiones financieras. A medida que la administración cristiana avanza, cada año se puede presentar a la parroquia el testimonio de personas cuyas vidas han sido transformadas por la administración cristiana y ofrecerles formas prácticas en las que cada feligrés puede tener la oportunidad de participar más en el intercambio generoso de su tiempo, talento y tesoro.

El plan pastoral de nuestra arquidiócesis se basa en los Hechos de los Apóstoles. Allí vemos a una comunidad de discípulos que están llenos de energía por el don del Espíritu Santo en Pentecostés, y que se están moviendo hacia la sociedad de afuera para compartir su experiencia de Jesús. No son una comunidad perfecta, ni nosotros tampoco: todos somos pecadores, necesitados de la misericordia de Dios. Después de todo, Jesús nos dio el Sacramento de la Reconciliación porque lo necesitamos. Pero los discípulos en los Hechos de los Apóstoles buscan ser fieles testigos del Señor, lo mejor que pueden. La comunidad misma lucha a veces, pero se fortalece en su misión por una profunda confianza en la providencia de Dios. No retrocede sobre sí misma y sus problemas, sino que se esfuerza por evangelizar el mundo romano, una sociedad indiferente y hostil al Evangelio. Ese es el espíritu de los Hechos de los Apóstoles y de cada comunidad en la historia de la Iglesia que ha sido fructífera en su testimonio apostólico.

Podemos aprender de eso, ya que también nosotros enfrentamos numerosos problemas en nuestra misión de discipulado y con frecuencia, nuestra sociedad no es receptiva al Evangelio. Necesitamos estar atentos a los problemas que enfrentamos y gastar aproximadamente el veinte por ciento de nuestro tiempo y energía para responderles. Pero debemos dedicar al menos el ochenta por ciento de nuestra atención a profundizar nuestra experiencia de la presencia vivificante del Espíritu Santo y del llamado de Jesús en el Evangelio, para poder llegar a nuestra sociedad, confiando en la providencia de Dios.

La conversión individual es el punto de partida. Después de todo, Jesús comenzó su misión diciendo: “Arrepentíos, porque el reino de Dios está cerca” (Mateo 4:17), repitiendo el mismo mensaje de Juan el Bautista (Mateo 3: 2) Nuestro Señor nos purificará de los pecados que nos atrapan en el egoísmo, que es lo opuesto a la actitud generosa de la administración/mayordomía. Pero esta conversión no es para enfocarnos en nosotros mismos, sino para que juntos podamos construir la comunidad de fe, el Cuerpo de Cristo en este mundo y hacer efectivamente presente el reino de Dios.

Esto sucede cuando cada discípulo bautizado se vuelve más arraigado en la experiencia de Cristo en los sacramentos, en la palabra escrita de Dios y en la fe viva de la Iglesia. En los últimos años, especialmente cuando he tratado de describir lo mejor posible las maravillas de la Sagrada Eucaristía y el Sacramento de la Reconciliación, a menudo he pensado en aquellos que se han alejado de la práctica de la fe y, en los que son tibios. ¿Cómo puede una persona no admirarse de la Eucaristía, la Reconciliación y los otros sacramentos? Si las personas se dieran cuenta del don que Jesús nos ha dado en los sacramentos y en toda nuestra fe, estarían golpeando las puertas de nuestras Iglesias. Pero incluso los dones más preciosos se pueden dar por hecho o ser ocultados por el lodo de la rutina, y la realidad vibrante de nuestra fe puede ser oscurecida por nuestros pecados y nuestra falta de compromiso.

Un gran atractivo de la administración, como lo he visto en acción, es que lleva a los cristianos católicos a participar más plenamente en toda su vida de fe y, por lo tanto, a ser más capaces de cumplir su misión en el mundo. Cada uno de nosotros debe comprender, con asombro y gratitud, los preciosos regalos que hemos recibido de Dios, comenzando con el regalo de la vida en sí, tan poco valorado en nuestro mundo de terrorismo, aborto, eutanasia e injusticia social. A todos se nos da una pequeña porción de tiempo en esta breve vida, y diversos talentos y tesoros. Se nos dan las bendiciones sobrenaturales de la Palabra y el sacramento, y toda la realidad de la fe que nos llega de los apóstoles. Verdaderamente, darse cuenta de eso, es ser impulsados a compartir esos regalos con generosidad y a dar, para ser aún más ricamente bendecidos.

La administración cristiana es básicamente un esfuerzo consciente para ayudarnos a comprender profundamente que Dios nos ha bendecido con muchos dones (a menudo clasificados según las categorías de "tiempo, talento y tesoro"), que debemos estar dispuestos a compartirlos generosamente, y que como comunidad, debemos idear formas para que todos tengan oportunidad de compartirlos.

La administración tiene la intención de aumentar el compromiso activo de todos en la vida de nuestras parroquias, ya que estamos invitados a participar más en las numerosas formas de servir a los demás. A través de nuestro Bautismo y Confirmación, estamos llamados a participar activamente en la vida de la Iglesia, no solamente a ser observadores pasivos. Mucho en la vida puede guiarse con un movimiento sin esfuerzo del cambiador de canales, pero eso no lleva a ninguna parte. Una parroquia en la que todos están activamente comprometidos, es una comunidad emocionante y gratificante, y no solo un proveedor de servicios espirituales, donde nos detenemos para ver lo que se nos ofrece. Todos somos miembros de la familia de fe y, si hay problemas en ella, todos estamos llamados a hacer algo al respecto y no simplemente a quejarnos. Es una familia de fe viva que nos desafía como discípulos a hacer grandes cosas por Jesús, en el espíritu de los Hechos de los Apóstoles. Participar en una comunidad así de comprometida, es un gran beneficio de la administración, un beneficio para cada individuo y para toda la comunidad.

A nivel personal, todos podemos quedar atrapados en la rutina. Incluso los grandes dones de la Palabra y el Sacramento, por ser tan gratuitamente dados por Jesús, pueden darse por hecho, y cada uno de nosotros puede aburrirse en su devoción al Maestro. Vamos a misa domingo tras domingo, pero caemos en la pasividad, y así perdemos nuestro sentido de asombro ante las maravillas de nuestra fe. La Palabra de Dios entra por un oído y sale por el otro, e incluso la propia Eucaristía puede convertirse en una rutina, ya que estamos cegados ante el asombroso encuentro con nuestro Salvador resucitado, y ya no nos conmueve el sorprendente desafío de las palabras finales de la Misa: "¡Vayan en paz, para amar y servir al Señor!" Practica esto de verdad, y la vida de cada uno de nosotros será renovada.

A menudo escuchamos el sabio proverbio: "La fe se la capta y no se la enseña." Primero, las personas se sintieron atraídas por el discipulado cristiano porque vieron el testimonio de los discípulos; no tanto por sus palabras, sino por la vitalidad de sus vidas y la profunda alegría que irradiaban. Eso es lo que me atrajo de la administración: el efecto obvio en las vidas de quienes lo habían experimentado. Realmente es mejor dar que recibir y, como vivimos generosamente, siempre recibimos mucho, mucho más de lo que damos. La administración no es un programa nuevo o una solución mágica a los desafíos que enfrentamos. Para cada uno de nosotros, significa un cambio de corazón, una "actitud de gratitud" que impregne toda nuestra vida como discípulos.

Thomas Collins, Arzobispo de Toronto
7 de octubre de 2018